

SEGURIDAD EN EUROPA

Joseph Charlier*

Teniente general.

Introducción

Hace dos años y medio, con la caída del muro de Berlín, terminó un capítulo de la historia europea, 45 años de estabilidad, 45 años de silencio de las armas, en el gran enfrentamiento Este-Oeste.

Desde entonces, el mundo ha entrado en un período de evolución y trastornos, la escena internacional ha vuelto a ser insegura, compleja y contradictoria.

Insegura, porque los acontecimientos se suceden según su propio curso, van más rápido que los análisis y las decisiones políticas.

Compleja, porque el desmoronamiento del orden simple bipolar ha dado lugar al nacimiento de una multitud de centros de poder pero también ha creado vacíos del poder.

Contradictoria, porque la democracia va desarrollándose mientras que, por otra parte, vuelven a aparecer la intolerancia, el racismo y el fanatismo; porque la amenaza de un conflicto general se ha desvanecido mientras que vuelven a aparecer los conflictos particulares; porque se intensifican los procesos de integración al mismo tiempo que los reflejos nacionalistas y el repliegue en sí mismo van asentándose.

Ante esta incertidumbre, esta complejidad y contradicciones, tenemos que considerar de otra manera el mundo y sus situaciones de seguridad. Tenemos que incorporar una nueva escala de medida y unos instrumentos de análisis renovados.

Puede ser que todavía no nos hayamos percatado pero es una verdadera revolución cultural la que nos espera porque, por un lado parte, era posible aplicar unas lógicas cartesianas al escenario simple de una amenaza fácilmente reconocible mientras que la desestabilización a la que estamos asistiendo se relaciona más con la teoría del caos y de las lógicas contradictorias. Y porque, por otro lado, como lo escribió Pierre Lellouche, con el final de la guerra fría, período congelado por el átomo y la ideología, tenemos que olvidarnos de la literatura estratégica acumulada desde el año 1945 basada en las armas y doctrinas; tenemos que aprender, volver a aprender la historia de los pueblos, de los países con sus tradiciones y sus numerosas fronteras.

Tenemos que cambiar nuestra concepción misma de la seguridad, pasar de una concepción que llamaría negativa, pasiva, de defensa contra una amenaza, de reacción frente a una agresión, a una concepción positiva, activa, que subraya la voluntad de influir sobre los elementos belicistas y de prevenir los conflictos. Dejando un mundo polarizado cuyo equilibrio determinamos durante 45 años, hemos entrado en un mundo caótico, browniano cuyas erupciones tenemos que impedir y contener.

* Conferencia pronunciada por el señor teniente general Joseph Charlier en el Paraninfo de este Centro. El teniente general Charlier es jefe del Estado Mayor General de Bélgica.

Quisiera que reflexionemos juntos sobre lo que es la seguridad, cuáles son sus bases y sus fundamentos, cuál es su objetivo, cómo organizarla.

También quisiera hacer hincapié en el papel específico, único y excepcional que nosotros, europeos, tenemos que desempeñar en la concepción y la elaboración de esta nueva seguridad.

Análisis de la situación

Primero, permítanme, conforme a un método sin duda militar, analizar rápidamente las situaciones de seguridad que conocemos hoy. Lo voy a hacer enfocándolo desde tres ángulos sucesivos.

El primer ángulo, grato a los militares, es el de las amenazas, o mejor dicho, de «los riesgos», como dice hoy.

Para sintetizar, podemos afirmar que Europa ya no tiene enemigos pero admite zonas y fuentes de riesgos.

- a) La antigua Unión Soviética representa una primera zona de riesgos potenciales:
- Las capacidades militares que existen todavía, más particularmente las nucleares.
 - El desmoronamiento descontrolado del imperio.
 - La precariedad de las fronteras tanto externas como internas de la Comunidad de Estados Independientes (CEI).

¿Cómo va a arreglar sus propios problemas Rusia? ¿Cómo van a desarrollarse sus relaciones con las nuevas repúblicas independientes, con su periferia y particularmente su periferia islámica? Además, ¿por qué se convertiría de repente en un país democrático Rusia cuando no lo ha sido nunca?

- b) Una segunda zona de riesgos existe en Europa Central y balcánica. La guerra civil yugoslava no es sino un ejemplo de los conflictos antiguos, aunque todavía vivos, que 45 años de comunismo no han podido borrar de esta región.

¿Quién podría asegurar que el conflicto yugoslavo, aunque hasta ahora limitado, no va a extenderse de Macedonia a Grecia, de Serbia a Bulgaria, del Kosovo a Albania? Las discrepancias étnicas —nos recuerda Jean-Paul Pigasse— ignoran las fronteras y podrían poco a poco extenderse a países de la Comunidad Europea como Italia o Grecia. No podemos excluir una guerra internacional en Europea. Además, la relativa impunidad y la leve condena que se aplican por las atrocidades que se están cometiendo en Yugoslavia, podrían inspirar a otros dictadores ultranacionalistas en Eslovaquia, Rumania o en otros sitios.

- c) La tercera zona de riesgos es la línea que, del Sáhara Occidental a Paquistán, corre a lo largo de la ladera sur del continente europeo y en la que va elaborándose una mezcla explosiva de resentimientos históricos, de ambiciones pannacionalistas, de fanatismo religioso, de desesperación y rebelión fomentados por la miseria del subdesarrollo.
- d) Por último, el cuarto riesgo es la proliferación de las armas de destrucción masiva, la diseminación de las armas nucleares, químicas y biológicas, de los misiles de largo alcance, de las materias primas, de las tecnologías y conocimientos necesarios para su fabricación.

He aquí un primer inventario de riesgos que llamaría riesgos directos ya que pueden expresarse en términos militares y desembocar en conflictos armados.

El segundo ángulo está relacionado con riesgos menos específicos, menos explícitos pero no obstante de suma importancia para el futuro de nuestra seguridad.

Estamos viendo desarrollarse, con toda impunidad, unas fuerzas preocupantes no estatales, más poderosas que los Estados. Me refiero aquí a la mafia, las redes internacionales de la droga, el mundo subterráneo del terrorismo con sus numerosas ramificaciones. Y también hay que considerar la influencia cada vez más fuerte de los integrismos religiosos.

¿No resulta sintomático que el Ejército italiano haya recibido recientemente misiones de lucha contra la mafia?

De manera más general, como lo subraya Jacques Baumel, presidente del Foro del Futuro, se teme, dado los resultados decepcionantes de la Cumbre de la Tierra en Río, que surjan nuevos riesgos para el futuro de la humanidad.

A la comunidad internacional se han planteado de manera espectacular angustiosos problemas: por el despilfarro desmedido de los recursos del planeta, por la explosión descontrolada de la demografía duplicando la población del globo en 35 años, por la ineficacia a moderar la contaminación del aire y del agua, y la angustia de un medio ambiente que no conseguimos dominar. También se añaden, a otro nivel, las perspectivas preocupantes de la manipulación del ser humano.

Al llegar al final del siglo, se impone este balance agobiante: el hombre no fue capaz de controlar el crecimiento del mundo, no logró dominar la explosión demográfica y tampoco consiguió impedir que se enfrentaran cada vez más «un planeta de los pobres» de 3.000 millones de seres hambrientos y con deudas y un mundo industrial preso de una crisis y de incertidumbre. He aquí sin duda, otros riesgos grandes, otros desafíos para el futuro.

Si profundizamos más el análisis y si lo planteamos bajo un tercer ángulo, preguntémosnos por qué el mundo industrial, nuestro mundo, se halla en la duda, siendo ésta lo contrario de la seguridad. Dicha tesis es lo que a continuación trataré de desarrollar.

Después de la caída del muro de Berlín, el mundo libre, nuestro mundo, celebró el triunfo de la democracia y alguien incluso anunció el fin de la Historia. Inmediatamente después de la guerra del Golfo, se proclamó el advenimiento de un nuevo orden mundial.

Sin embargo, hoy, la democracia está lejos de triunfar; se encuentra, hasta en nuestro continente, con el renacimiento de los extremismos y autoritarismos; queda engañada sobre nuestro continente por la intolerancia, el racismo, los proyectos fascistas de purificación étnica. En varios Estados, la confianza de las poblaciones para con la clase política y las instituciones democráticas está quebrantada.

El orden mundial, por su parte, ya no existe. Todo ocurre como si, desaparecido el equilibrio del terror, fuéramos incapaces de imaginar y llevar a cabo un equilibrio nuevo. Ninguna arquitectura, ninguna estructura parece bastante fuerte para formar la base de una nueva estabilidad. La ONU se encarga de lo más urgente, con mucho mérito; la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) no logra liberarse de su complejidad; la OTAN busca su finalidad y las discrepancias entre los europeos sobre los grandes problemas actuales son enormes. Nuestro mundo, nuestras socie-

dades están compartidos, incluso destrozados entre dos tendencias contradictorias. La primera tendencia es la búsqueda de integración, de supranacionalidad, de asociación dentro de los conjuntos multinacionales: que se trate de economía, de progresos científicos, de modo de vida individual o colectivo, o que se trate de ecología, de lucha antidroga, antiterrorista o antimafia, las fronteras nacionales se han convertido en obstáculos. El Estado nacional es demasiado pequeño para estos problemas que se han vuelto demasiado grandes y sobrepasan sus capacidades.

La segunda tendencia es la búsqueda de identidad, o sea de diferencia, de signos de pertenencia, la necesidad de ser reconocido y aceptado en su propia especificidad y su propio particularismo, la conservación de las raíces étnicas, religiosas y culturales. La necesidad de identidad es profunda e intensa porque ya no estamos seguros de un porvenir mejor y que nuestras mentes, presas de ansiedades y dificultades, se refugian en el presente y vuelven al pasado. La necesidad de identidad es profunda e intensa porque es una respuesta, una reacción natural a la homogeneización de los modos de vida y de pensamiento impuesta desde hace varias décadas por el desarrollo descontrolado de una civilización tecno-industrial.

Integración e indentidad son los polos aparentemente opuestos del mayor problema político que se nos plantea hoy y que influirá de forma determinante en las condiciones y en lo que rodea nuestra seguridad.

¿Qué es la seguridad?

Al final de este análisis sucinto de la situación, hemos identificado cuatro riesgos directos de índole militar, unos riesgos indirectos, de carácter más global pero también más solapado, y acabamos de reconocer el dilema integración-identidad.

Ahora, cabe discurrir en la pregunta siguiente: ¿Qué es la seguridad? Les propongo esta respuesta: la seguridad es, ante todo, un sentimiento, justificado o no, de confianza.

Hay seguridad cuando hay confianza. Uno se siente en seguridad cuando se siente en confianza. Puede parecer esta definición sólo una tautología; veremos a continuación que no lo es.

Esta definición es totalmente general porque se aplica a los individuos, los grupos o los Estados: el individuo se siente en seguridad en su familia o en un grupo en la medida en que tiene confianza en los comportamientos e intenciones de sus familiares. Bélgica, pequeño país entre tres potencias europeas se siente en seguridad para con ellas porque se fía de ellas.

Esta definición también se aplica a nuestras relaciones con las cosas —nuestro coche por ejemplo—, con los fenómenos —el clima, el medio ambiente por ejemplo— o con otros seres vivientes. Concebida de tal manera, la seguridad es la base en la que se pueden construir todas las otras relaciones, el diálogo intelectual, el intercambio afectivo y cultural, el comercio de las cosas. La confianza es también la condición que posibilita la aceptación de las discrepancias, la discusión de las desavenencias, el arreglo de los litigios.

Considerada de tal manera, vemos la seguridad como un estado, una situación que podamos tener por adquirida sino como un proceso que se construye y se mantiene cons-

tantemente. La seguridad es un fenómeno activo, voluntario; también es un deber moral para los individuos, las colectividades y los países: crear las condiciones de la confianza para permitir la vida y su evolución positiva.

Quisiera añadir que, desde este punto de vista, la seguridad no se puede imponer porque la confianza no se manda; se da, se comparte. Por lo tanto, la seguridad no puede proceder de una dominación, de una supremacía, de la opresión o de la tiranía dado que éstas proponen, en el mejor de los casos, una jerarquía de los intereses y no su reparto.

La seguridad tampoco puede basarse en una ideología, una doctrina o un sistema filosófico ya que éstos son subjetivos y a menudo dominantes. La seguridad sólo se puede fundar en una actitud de esencia moral, o sea arraigada en la naturaleza humana y propicia al porvenir del ser humano.

Así, podemos asegurar que las condiciones de la seguridad son:

- 1) El derecho para cada uno, individuo, grupo o país, de ser sí mismo, de afirmar o asumir su diferencia, el derecho de ser diferente de su vecino.
- 2) La voluntad de cada uno, individuo, grupo o país, de aceptar la diferencia de los otros, de solucionar, sin violencia, la confrontación de estas diferencias, la discusión de las desavenencias, el arreglo de los litigios.

Estas condiciones son inherentes a la naturaleza humana, a las leyes fundamentales que rigen la armonía de las relaciones humanas, individuales y colectivas. Señalemos que cualquier violencia o tiranía constituye una infracción a dichas leyes.

Siguiendo con mi discurso y por motivos de claridad y precisión, hablaré de «seguridad natural» para designar esta concepción de la seguridad.

Notemos que nos encontramos, en este concepto de «seguridad natural», con lo que Karl Deutsch, a finales de los años cincuenta, llamaba una «comunidad de seguridad», es decir una zona en la que la guerra ya no se considera como un medio para arreglar los litigios interestatales, una comunidad en la que «existe la certeza de que los miembros no van a luchar físicamente entre sí, sino que van a resolver sus conflictos por otros medios». Éste es el fundamento de la confianza y por consiguiente de la «seguridad natural»; éste también debe ser la finalidad de una verdadera política de seguridad.

Modelos de seguridad

Todo esto puede parecer muy abstracto, teórico e incluso filosófico. Por eso, propongo cotejar esta definición y las condiciones de la «seguridad natural» con algunos modelos concretos y bastante conocidos.

Primero, podemos considerar «el modelo de la guerra fría», el enfrentamiento de bloques antagonistas cuyo equilibrio de las fuerzas militares y particularmente de los potenciales nucleares garantizó la estabilidad militar e impidió la guerra en Europa durante 45 años.

Huelga decir que este modelo no corresponde con nuestra concepción de «seguridad natural» porque, lejos de aceptar la diferencia del otro, los dos bloques, caracterizados por

ideologías contradictorias y exclusivas, tenían en realidad como meta, la desaparición del otro. El deseo de expansión del comunismo, su proyecto de someter al mundo por la dominación de un sistema, el rechazo y el aniquilamiento de cualquier otro sistema imposibilitaban las condiciones de la «seguridad natural». La congelación de las relaciones, el rechazo del diálogo impedían la confianza. La estabilidad militar no es la paz. Era la guerra fría.

Otro modelo que se puede examinar es el que corresponde al concepto de orden mundial, un orden único, planetario y de algún modo trascendente en el que se basarían los asuntos mundiales y las relaciones internacionales. Eso es la comunidad de seguridad de Vancouver a Vladivostok. Otra vez, dudo que esta concepción corresponda a nuestra definición y a las condiciones de la «seguridad natural».

¿Pues, por qué habría un orden? Nada en la naturaleza humana y en la historia del ser humano nos hace suponer o esperar el advenimiento de un orden. Si nos proponen este orden nos tenemos que preguntar si tras éste no se esconde un proyecto de dominación, de asimilación, de uniformización, quizás suave y no violenta, pero que sin embargo, tarde o temprano, llevará a la negación y acarreará el rechazo de los que quieren ser ellos mismos y vivir su diferencia.

Es interesante observar que es en América del Norte y, de manera más general en el mundo anglosajón donde se halla la mayoría de los partidarios del orden mundial. Ahora bien, *nuestros amigos americanos, por más generosos y democráticos que sean, adoptan, probablemente por motivos tanto geográficos como históricos, una concepción de las relaciones internacionales que no satisface a las dos condiciones de la «seguridad natural».*

La creación de América se debe a numerosas aportaciones de orígenes étnicas, culturales y religiosas muy diferentes. Pero todas estas aportaciones fueron asimiladas, fundidas en un molde único. Hoy día, esta homogeneidad de la sociedad americana está considerada como un valor indiscutible —basta con pensar en el reciente rechazo del castellano como idioma oficial a pesar de la inmigración hispánica importante en varios Estados de la Unión—. Asimismo, al fijarse en la actitud de Estados Unidos en la escena internacional, uno se da cuenta que los americanos comprenden y admiten difícilmente que otros puedan desear no ser como ellos, ser diferentes de ellos. Esta particularidad de América justifica quizás las vacilaciones de la política externa de este gran país, entre períodos de intervención masiva en la escena internacional y períodos de aislacionismo. También explica probablemente que, fenómeno raro, a los americanos les gusta que les digamos que nos caen bien y que los necesitamos.

Pero ¿existe realmente un modelo de seguridad que corresponde a las condiciones de la «seguridad natural»? Creo que sí, hay uno, único en el mundo, que va desarrollándose despacio, difícilmente, delante de nuestros ojos, aquí, en Europa Occidental.

Hace 500 años, en el año 1492 después del derrumbamiento del reino moro de Granada y de la expulsión por Europa Occidental de todo lo que no era cristiano, nuestro continente fue sometido a varios intentos de unificación forzada.

Primero, se pensó que, con la imprenta, el latín se impondría y llevaría consigo la Iglesia y el Santo Imperio Germánico. Después, hubo varias tentativas absolutistas y las más recientes, bajo Napoleón y Hitler, llevaron al desastre de guerras europeas y la barbaridad de guerras mundiales. Estas tentativas no podían sino fracasar, ya que se basaban

en la ideología, la dominación o la tiranía. Lo que experimentamos desde el año 1945 es totalmente diferente.

Desde que se acabó la Segunda Guerra Mundial, bajo la inspiración genial de hombres como Monet y Schuman, bajo el impulso realista de De Gaulle y Adenauer, con la ayuda de Estados Unidos y bajo la protección de la OTAN, Europa, las Naciones y los Estados de Europa se empeñaron en establecer entre sí un modelo de relaciones que superan las equivocaciones del pasado, que reconocen y respetan las diferencias, las fronteras, los particularismos nacionales y regionales; un modelo de relaciones caracterizadas, después de tantos siglos de luchas sangrientas, por la confianza mutua, el realismo de la reconciliación, la voluntad de renunciar a la violencia para arreglar los litigios sin borrar las diferencias por una coerción cualquiera.

Europa Occidental vive hoy en la «seguridad natural», porque respeta efectivamente las dos condiciones de la «seguridad natural». En este sentido, el proyecto europeo también es capaz de resolver el dilema integración —identidad porque conserva las fronteras en su aspecto de utilidad pero las sobrepasa en su aspecto de exclusividad—. Las fronteras son unos obstáculos para el economía, la información, el conocimiento, la gestión del medio ambiente. Las fronteras son obstáculos para el progreso y la libertad de los hombres. Pero las fronteras, según Jacques Attali, son la base de la identidad y llevan las diversidades que enriquecen al hombre. Permiten estructurar la democracia, el Estado de derecho, permiten proteger a las minorías.

El proyecto europeo propone, por primera vez en la historia humana, un modelo de equilibrio natural entre la afirmación de las identidades y la superación pacífica de las diferencias.

Conclusión

Señores, he aquí lo que quería someter a sus reflexiones y comentarios. Puede ser que entre ustedes haya alguno que se sienta decepcionado y lamente que no haya tocado problemas más concretos como la OTAN, la Unión Europea Occidental (UEO), la CSCE, Yugoslavia o Nagorni Karabaj. Sin embargo, pienso que lo que les he dicho abarca todo ello y podemos, si quieren, tocar estos asuntos a continuación.

He querido decirles —y esto será mi conclusión— que ustedes, nosotros, los europeos de nuestra generación, vivimos una experiencia excepcional y única en la historia humana. Si, como lo dijo Kant, «existe un plan escondido de la naturaleza para llevar a cabo el destino de la humanidad», entonces, después de los balbuceos, las vicisitudes, los disturbios, las catástrofes anteriores, algún día tendría que nacer tal modelo de seguridad. Si se afirma y se extiende, este modelo tendría que ayudar a la elaboración de un mundo en seguridad.

Y somos nosotros, europeos de nuestra generación, los que tenemos que elaborar este modelo, apoyarlo y proponerlo a las otras regiones del mundo, empezando por nuestra periferia. Esta tarea, nos la atribuyen los altibajos de la evolución de nuestra historia.

Por lo tanto resulta esencial que, ante todo, nos demos cuenta de lo que estamos experimentando, de nuestra responsabilidad enorme y grandiosa.